

# Irulegi, los vascones y la romanización de Navarra

Javier Andreu

**C**UANDO va a cumplirse un año de su presentación en sociedad la mano de Irulegi vuelve a la palestra mediática. El Servicio de Patrimonio Histórico del Gobierno de Navarra inco Bien de Interés Cultural, la mayor categoría de protección legal para un objeto arqueológico. Efectivamente, como se afirma en la documentación preparada por al efecto, la pieza es “única para la Historia de Navarra” y demuestra que los vascones hicieron un “uso de la escritura si no extensivo sí, al menos, no despreciable”.

Casi a la par, la Sociedad de Ciencias Aranzadi presenta los resultados de la campaña de excavaciones más larga de cuantas se han celebrado en el *oppidum* de Irulegi. En la nota de prensa facilitada por Aranzadi se insiste en que los hallazgos –con productos, técnicas constructivas e importaciones netamente romanas en un contexto urbanístico indígena– demuestran que la romanización de los vascones fue “menos brusca y más compleja de lo que se pensaba”.

En las declaraciones de los arqueólogos responsables de tan interesante excavación se añade que en el momento de destrucción del poblado, en los años 70 del siglo I a. C., “los vascones están viendo qué supone Roma y quieren entrar en esa órbita”, y se apunta, incluso, que los vascones, en la guerra que se cobró la destrucción de este enclave, “formaban parte de un bando”, bien

el del rebelde Sertorio bien el del romano Pompeyo. El mismo día de la rueda de prensa de presentación de esas conclusiones celebrábamos en el Diploma de Arqueología de la Universidad de Navarra una mesa redonda sobre la “controversia vasconica” con especialistas de la Universidad del País Vasco y de nuestra Universidad. En ella hablamos sobre la recepción social de lo que en los últimos años la investigación viene afirmando –y también discutiendo pues así se escribe la Historia– sobre los vascones.

Algo no estamos haciendo bien si tras décadas de intensa investigación todavía no asumimos que entre los vascones hubo una intensa presencia romana al menos desde que en el 179 a. C., sobre la antigua Ilurcis –no lejos de llamado ager Vasconum–, Tiberio Sempronio Graco fundó una ciudad a la que dio su nombre, Gracchuris, en sustitución de un topónimo netamente vasconico. Nada menos que cien años antes de la destrucción de Irulegi. Si Irulegi fue destruida, si la mano de Irulegi fue grabada y colocada por un habitante del lugar en su propia casa, fue porque, para entonces, la presencia romana entre los vascones y el influjo de su cultura estaban consolidadísimos. De lo contrario, los habitantes de Irulegi ni habrían conocido el medio epigráfico, ni habrían tomado partido en la contienda y, muy probablemente, tampoco los contendientes –Pompeyo y Sertorio– se habrían fijado en el territorio vascon para coaligarse cada uno de ellos con las ciudades de aquél que aceptaron las condiciones diplomáticas que ellos, buscan-

do clientelas colaboracionistas, ofrecieron.

Roma ya había hecho eso veinte años antes en la zona, en los años 90 de ese siglo, para incorporar jinetes con nombres vasconicos a sus ejércitos del llamado Bellum Sociale itálico. Otra prueba de la secular integración de los vascones. En las guerras de Sertorio, entre los vascones hubo sertorianos –como los calagurritanos– y pompeyanos –acaso los habitantes de Pamplona o los federados de la ciudad que seguimos excavando en Los Bañales de Uncastillo, en Zaragoza, también territorio vascon– y que se implicaran en el conflicto sólo se explica por esa sólida romanización que no fue brusca porque, para entonces, llevaba un siglo permeando en un proceso que debemos, precisamente, al estado que se ocupó de dar a los pobladores de algunos puntos concretos de la Navarra actual, de La Rioja y de las Cinco Villas de Aragón el nombre de vascones, acaso subrayando el único elemento que de ellos la investigación tiene hoy claro: su mezcla con iberos y celtiberos, su heterogeneidad cultural.

Eso es lo que nos cuenta la mano de Irulegi y lo que, ahora, se confirma en las excavaciones del más mediático de los yacimientos arqueológicos de Navarra. El más mediático, pero, conviene recordarlo, no el único que nos ha de aportar luz sobre la apasionante romanización de nuestra tierra.

Javier Andreu Pintado es catedrático de Historia Antigua y director del Diploma en Arqueología en la Universidad de Navarra.



Recreación de un encierro de Pamplona en 1965 en Estella. TAMARA ARRANZ



Cáseda es una de las localizaciones de *La voz del sol*. TAMARA ARRANZ



Ahikar Azcona brinda con Matteo Artuñedo (Alanito). TAMARA ARRANZ

España y, como Hemingway, fue un tío que vino en más ocasiones. ¿Con Machi y usted pasa un poco como con Esteso y Pajares, que todo el mundo piensa que rodaron mil películas pero luego no son tantas?

Bueno, pero hemos hecho también más de las que la gente se cree. No fue solo *Ocho apellidos vascos*, hubo luego una película que se tituló *Rumbos* [rodada en parte en Navarra], donde ella hace de prostituta y yo de taxista, aunque no coincidíamos rodando los mismos días. Y luego ha ocurrido que hemos estado en más de tres proyectos que por fechas de uno, por fechas de otro, por razones tontas, son proyectos que han caído. Yo aviso a radioyentes: A nosotros nos encanta trabajar juntos. A mí si me dicen “¿Quieres hacer una película con la Machi?”. Yo contesto: “Ni me mandes el guion. Sí”.

¿Facilita esa amistad el trabajo? Sí. Me encanta trabajar con ella. Para mí es de las mejores actrices de España, es una actriz que me hace mejor actor, soy amigo de ella y nos entendemos muy bien en todo. Nos podemos decir las mayo-

res barbaridades, parecemos un matrimonio de verdad, pero cuando vas a rodar con alguien piensas: “A ver de qué onda es, cuáles son sus manías o sus maneras de trabajar, a ver por dónde empatizamos...”. Y en el caso de Carmen es pim, pom, pam, nos miramos a los ojos y ya sabemos por dónde tirar. En la película también tiene un papel el navarro Ahikar Azcona, que recuerda mucho a su personaje y su manera de hablar.

Ahikar es el hijo de uno de mis mejores amigos [en la ficción]. Su padre, que para mí era el más válido de toda la célula de maquis, falleció, y yo no. Por eso él me está diciendo todo el rato: “¡Joe, Manolo, no te mortifiques, tío!”. Yo soy navarro y Ahikar es navarro y lógicamente sí, entre estos dos personajes hay una patente diferencia de edad pero no es óbice para que podamos entendernos bien. Le explica a Alanito conceptos tan locales como “ser un bandarra”.

Sí, ser un bandarra, lo que es correr el Encierro, cómo es la vida aquí, cómo son las chicas... Mi personaje, un poco, y el personaje de Ahikar, otro poco, empujan un poco a Alanito a hacerse mayor.



Las excavaciones en el poblado de Irulegi.

IRATI AIZPURUA